

eco tan profundo y tan dilatado, como el que responde á cada documento de estos, que, no recordamos qué periódico ha calificado de «un artículo de Mr. Coquille, escrito en el Vaticano y firmado: Pío IX.» Nuestra sociedad está sedienta de doctrina; la doctrina escasea en ella, porque, los sistemas actuales parten de la negacion y concluyen en la negacion. Pero el caos no adoctrina, y la negacion sistematizada es el caos. Hoy podemos decir que no hay en la tierra sino un poder definidor y afirmador; este es el poder doctrinal de Roma.

Los adversarios del catolicismo han dicho á los pueblos: «vosotros no debeis ser creyentes ni soldados, debeis ser discipulos;» los pueblos han contestado: «seámoslo;» los primeros han continuado diciendo á los segundos: «venid y os enseñaremos,» y estos han venido, y aquellos les han dicho: «organizaos.» ¿La organizacion no es mas bien una táctica que una doctrina?... y les han añadido luego: «no creais en Dios, vosotros sois dioses;» esta negacion de la Divinidad ¿no es mas bien un dogma anticristiano, que un principio doctrinal? Los pueblos, á los que el cristianismo ha dotado de un criterio, que no apagarán sino con mucha dificultad las pasiones demagógicas, han reflexionado, diciendo entre sí: «nos anunciais que no debemos ser soldados y nos enseñais una táctica; que no debemos ser creyentes «y nos imponeis un dogma; que debemos ser discipulos y no nos «adoctrinais: ¿qué es esto?»

Y mientras los pueblos procuran encontrar la salida del laberinto de pasiones en que se les ha metido, óyese la palabra de Roma, que afirma y anatematiza; que declara y sostiene; mas robusta que la palabra de todos sus adversarios, pues á todos los desafía y todos la oyen, pues todos contra ella se insubordinan.

En el orden á las ideas el mundo se parece al vacío que existia antes que Dios lo criara todo de la nada.

En el orden á las instituciones se parece á aquel campo de huesos dispersos que un profeta conquistó por mandato del Altísimo.

En orden á los sentimientos se parece á la tempestad que calmó un dia la intimacion del Redentor.

La palabra pontificia influye en el vacío de las ideas, pues su espíritu es el del verbo que dijo *hágase la luz y la luz fué.*

Influye en las instituciones arruinadas unas y que otras se arrui-

nan, pues les lleva aquel profético espíritu que les dice: *ossa arida audite verbum Domini.*

Domina las tempestades, pues el que habla es el que, en demostracion de su soberania, recibió de *Jesucristo* el poder de caminar sobre las olas.

LA SOBERANIA, LA CONSTITUCION, LA LUZ: hé ahí las tres cosas que afirma y realiza la palabra creadora, profética y dominadora del pontificado.

Las tinieblas, la dispersion y la tempestad la oyen á su pesar; la palabra de la verdad no puede ser oída con indiferencia por el hombre criado por ella. A primera vista la reconoce, como el hijo reconoce la madre, no hay duda que el hijo puede rebelarse contra su madre, pero ¡no reconocer su madre! esto seria una monstruosidad. La palabra de Roma es la palabra que emana del *Verbum caro factum*, que es el *Verbum per quem omnia facta sunt.*

Todo ha caído bajo el anatema del escepticismo que todo lo duda, del panteísmo que todo lo confunde, de la incredulidad que todo lo niega: ¿la palabra que todo lo afirma y todo lo organiza suena con majestad extraordinaria al través del vacío, de la dispersion y de la tempestad?

II.

La libertad es el carácter de la época.—Imposibilidad de una opinion social basada en la libertad de opinion.—Multiplicidad de principios y de sistemas religiosos, morales y políticos producida por la opinion libre.—Necesidad de que se conserve la unidad en medio de tanta multiplicidad.—Mistion de la Iglesia en toda situacion social.

No necesitamos emitir muchas consideraciones para probar que el carácter predominante de nuestra época es una aspiracion á su libertad. No se trata aquí de examinar si esto es un mal ó un bien; bástanos consignar por ahora la existencia del hecho. La proclama-

cion de la libertad absoluta por los pueblos, y el reconocimiento de una libertad mas ó menos ilimitada por los gobiernos, constituye el punto de partida de nuestra política; la lucha de los gobiernos que quieren imponer limites mas ó menos estrechos á la libertad contra los pueblos que desean su libertad sin condiciones, constituye la vida política de nuestra sociedad.

Este espíritu no ha nacido en nuestro siglo. Lo hemos heredado de nuestros padres, y si nos fuera posible examinar sus elementos productores, encontraríamos que son: 1.º la idea de dignidad y de la fuerza moral infundida por el cristianismo al hombre y á los pueblos; 2.º la corrupcion de aquella idea por las pasiones políticas y mercantiles, ó sea por el orgullo y por la ambicion.

De todos los períodos de la historia, el que se llama la edad media es el en que mas de manifiesto se hallan estas dos tendencias originales de los dos respectivos espíritus. La idea cristiana se presenta abriéndose paso sobre las instituciones, escuelas y sistemas para dominarlos y santificarlos; trabajando para crear una civilizacion basada en la fé, en Dios y en la caridad para con los hombres; una civilizacion divina y humanitaria; pero aquellos trabajos fecundizadores del espíritu de dignidad se hallaron contrarrestados por una sed de especulacion que produjo costumbres contrarias á las creencias. El cristianismo en las doctrinas, el paganismo en la moral son los rasgos característicos de aquella edad, en la que la luz que el Evangelio derrama sobre las cuestiones vitales de la sociedad, ponía mas en relieve la injusticia de las pasiones y el atropello de los mas sagrados derechos. El genio del mal explotando aquel funesto desacuerdo de las creencias con las doctrinas, señaló al hombre robustecido por el espíritu cristiano, pero inclinado al mal á causa de su naturaleza corrompida, una senda engañosa que le condujo á concebir primero, á desear despues y á proclamar mas tarde su independencia absoluta, su omnimoda emancipacion. El espíritu de libertad religiosa, moral, política, incondicional, absoluta fué engendrado en la edad media y formulado por el protestantismo, que aquella edad traía en las entrañas como la madre trae en ellas el feto que ha de dar á luz.

La revolucion, adoctrinada por el protestantismo, y fomentada por los monarcas que habian dado á los pueblos el pésimo ejemplo de

protestar contra la autoridad que personifica en la tierra el órden sobrenatural, adoptó por lema: *libertad de exámen*, y como á consecuencia *libertad de discusion*, *libertad de creencia*, *libertad de culto*, *libertad de moral*, *libertad de legislacion*, *libertad de constitucion*.

Siete fórmulas de libertad que el espíritu de la revolucion ha difundido por la atmósfera social, intentando producir con ella un nuevo órden que viniera á sustituir el órden constituido por el Espíritu Santo, con la difusion de aquellos siete altísimos dones, en que se basa y complementa la civilizacion cristiana; el *don de la sabiduria*, que limitan la *libertad de creencia*, el *don de entendimiento* y de *ciencia* que limita la *libertad de exámen* y de *discusion*, el *don de consejo* que limita la *libertad de moral*, el *don de fortaleza* que limita la *libertad de legislacion*, el *don de piedad* que limita la *libertad de constitucion* y el *don de temor de Dios* que limita la *libertad de cultos*.

El espíritu emancipador, difundido con una profusion sorprendente, ha obtenido de los pueblos tal acogida, que no hay por qué ocultar su éxito en órden á la constitucion de un estado social en lucha abierta con la civilizacion formulada en el cielo, descendida del cielo y dirigida al cielo.

Pero el nuevo órden fundado en la *libertad de exámen* ha producido un solo fruto definido y universal: *la opinion libre*. Aquella es el principio, esta es el término del espíritu revolucionario que trabaja para emancipar el universo del catolicismo.

Sin embargo, la opinion libre no ha producido fuerza alguna bastante á contrarrestar las doctrinas, á modificar el lenguaje y á torcer la moral apoyada en principios sabios y definiciones claras, en principios atractivos y leyes justas, en inspiraciones caritativas y reglas suaves. La opinion libre no ha hecho mas que poner en evidencia la imposibilidad en que se encuentra el hombre emancipado de fundar nada que exceda las limitadas dimensiones de la existencia individual; *la opinion libre* ha demostrado que si el hombre puede negar á Dios en su corazon, el hombre cuyo corazon ha negado á Dios carece de autoridad para sujetar el entendimiento de su hermano á las concepciones de su inteligencia y la voluntad de su hermano á las leyes por su propia voluntad admitidas; *la opinion libre* ha manifestado que la libertad absoluta de opinion no puede producir otra cosa que la *opinion individual*, jamás la *opinion social*.

Nótese esto: la *opinion social* no existe en una situacion basada en la *opinion libre*.

Hagamos una rapida expedicion imaginaria fuera de la Iglesia cristiana; salgámonos un momento de esta Iglesia, en cuyo seno tan pacificamente descansamos; aceptemos la invitacion que se nos ofrece de coger esta fruta tan hermosa á la vista llamada *libertad absoluta*: consintamos en trocar nuestra posicion de Adanes absteniéndonos, por nuestra aspiracion de *dioses comiendo*. Ya hemos cedido á la tentacion; ya no creemos ninguno de los artículos de nuestro Simbolo. Nos habeis quitado nuestras ideas, nuestros sentimientos, nuestra historia; hemos arrinconado por rancias nuestras doctrinas; ¿cuáles son las nuevas?

Hé ahí el primer apuro en que ha de encontrarse el espíritu adverso al catolicismo, llenar el vacío del entendimiento. Al salir de la iglesia cada hombre nos enseña una doctrina diferente; desde el puseista al escéptico median un número infinito de creencias sobre la Divinidad, sobre la humanidad, sobre el pecado, sobre el porvenir. ¿En qué se apoyan estas doctrinas? en el órden sobrenatural? No, que son los proclamadores de la *opinion libre* los que las profesan y enseñan. ¿En el asentimiento social? No, que ninguna de ellas puede reunir un número suficiente de adeptos, capaz de contrarrestar la influencia de los demas. ¿En la fuerza de las convicciones? Tampoco, pues ellas no explican las cuestiones que el catolicismo resuelve, con la veneracion de sus sublimes misterios; eliminar las explicaciones sobrenaturales dejando intactas las dificultades naturales, no es solidar el terreno de la ciencia. ¿Pues qué nos dáis en cambio de lo que nos habeis quitado? Mirad que nuestra inteligencia no puede vivir mejor sin doctrina que nuestro cuerpo vegetar sin pan. ¿Qué pan doctrinal nos dáis? El que tenemos viene del cielo, es aceptado por una muchedumbre incomparable con otra muchedumbre de ciudadanos de la tierra; obtenia la aquiescencia mas placentera de la razon: ¿qué doctrinas nos dáis en cambio? Nos dáis la *libertad de adoctrinarnos á nosotros mismos*? Pero esto no es darnos una doctrina, sino recordarnos una facultad de nuestro espíritu que ya conocíamos, pero, que la verdad de la doctrina católica que poseíamos habia inutilizado.

Con qué! ¿nos habeis sacado del templo y nos habeis acompañado

á un laberinto? ¿Nos habeis separado de la muchedumbre y nos habeis conducido á la soledad? ¿Nos habeis obligado á negar el universo, criado por Dios, y nos declarais criaturas del vacío, habitantes del vacío, y *verbos* que debemos crearnos nuestra posicion, nuestro destino, el padre que nos engendró, y el *espíritu* que debe fecundizarnos?

¿Cómo negais la verdad de nuestra opinion, no pudiendo darnos otra cosa que la *opinion libre*? una *opinion libre* equivale á una *opinion verdad*? ni la podeis sostener, ni lo pretendeis sostener.

Solo la verdad tiene poder de ligar unas á otras las muchedumbres, de producir las muchedumbres aunadas, de constituir la *Religion*.

Por esto de *religion* propiamente tal no hay mas que una, y es aquella que ata con suavidad los hombres unos con otros y todos con Dios. El que rompe el lazo, se proclama *irreligioso*; si Dios y una muchedumbre estupenda de hombres no han podido retenerle, ¿quién le retendrá?

La opinion libre es, pues, el principio que imposibilita la *opinion social*, y por lo tanto la *religion humana*. Pretender combatir la Iglesia católica en nombre de la *opinion social* no solo es sostener una cosa falsa, sino absurda.

Esta falta de conexion, procedente de la opinion libre, multiplica hasta al infinito las ideas religiosas, morales y políticas, y coloca en un verdadero conflicto á los sinceros amigos de la verdad.

Desautorizado el principio sobrenatural, con los partidarios de la razon emancipada, la única tabla que podia presentarse al espíritu náufrago, es el testimonio de la opinion popular. No siendo posible esta con el principio de la opinion libre, el hombre rechazado de la sobrenatural se ve reducido á sus propias fuerzas, y arrojado en medio de una multitud de ideas agitadas por la duda, como las olas de un mar azotadas por el huracan.

Se dirá: «No es cierto que proclamado el principio: *opinion libre*, «salte la *opinion social*. Lo indudable es, que la opinion social existe, «aun partiendo de la libertad de opinion, con la diferencia, que la «opinion procedente del principio de autoridad es *opinion impuesta*, la «constituida por el principio libertad es *opinion espontánea*: la fuerza moral de esta excede á la de la primera.»

No es esto exacto; dígasenos ó sino ¿cuál es la opinion social fuera del cristianismo?

En el órden religioso, ¿dónde está la opinion? existe la opinion luterana? la calvinista? la volteriana? No: ¿y hay algun filósofo entre los contemporáneos que haya logrado formar opinion? ¿Existe una opinion Guizotista, Puseista, Quinetista, Renatista, Solidaria? No. La opinion es solo protestante en principio, no en doctrina; es protestante en cuanto el protestantismo es la sancion de la *opinion libre*.

En lo que atañe á la moral, ¿dónde está la opinion? es utilitaria? es legislataria? es socialista?

En lo que atañe á la política, ¿es absolutista? es doctrinaria? es democrática?

La opinion social está en litigio desde el momento que lo está la autoridad doctrinal.

La observacion de las verdades acabadas de emitir dió, á Mr. Timon, veinte años atrás, las siguientes palabras de su folleto *Feu! Feu!*

«Tres diarios, tres opiniones; tres filósofos, tres sistemas; tres diputados, tres votos; tres socialistas, tres utopias; tres religionarios, tres sectas.

«Al contrario de lo que sucede con los obispos de Francia, que sin previo acuerdo ni deliberacion solo manifiestan un alma, una voz, una fé. Algunos se preguntan: «¿De dónde previene su independencia? ¡oh! de su fuerza; ¿de dónde previene su fuerza? ¡oh! de su union.

«Ellos son fuertes y poderosos, porque tienen mas criterio que imaginacion; porque ellos son ilustrados y prudentes, no ilustrados y sofistas; ellos son poderosos, porque se apoyan en eternos dogmas y vosotros no poseéis siquiera principios transitorios; ellos son poderosos, porque defienden la libertad y vosotros la combatis.

«Mas ellos no serán perdonados porque no consentirán en ser oprimidos; ¿por quién? Por una mezcolanza de personas pertenecientes á toda clase de *religion sin religion*; que escriben, discurren, gritan, se exaltan, se entusiasman y concluyen calificándose de mas ortodoxas que el Papa y que los obispos.» (1)

(1) Este texto le tomamos del número 11 del diario «des Villes et Campagnes.»

Lo que ha creado la *opinion libre*, ennoblecida con el titulo de *filosofía*, lo dijo con grave elocuencia Mr. Schollaert, en su discurso: *La Iglesia y el espíritu moderno*.

«¡La filosofía! dijo. ¿Mas no es ella la primera causa del mal que nos aflige? ¿Cuál es el principio religioso que sus manos audaces no hayan torcido ó desfigurado á nuestra vista? ¿Qué sofisma no ha sido formulado ó defendido por sus mas notables representantes? ¿No ha asimilado sucesivamente la nada al ser, Dios al mal, la propiedad al robo, el matrimonio al concubinato, el libre arbitrio al instinto? Por otra parte hay que hacer una observacion capital. Para que una doctrina ejerza una accion eficaz en las costumbres y en las leyes es menester que pueda ser popularmente manifestada de una parte y universalmente aceptada de otra; es menester que penetre y llene así los mas humildes como los mas sublimes, que convenga á todos y constituya para todos una causa y punto de comunión. ¿Dónde encontraremos una filosofía que entrañe este poder? ¿Puede decirse con propiedad que existan en el mundo dos filósofos en perfecto acuerdo sobre una cuestion fundamental? ¿Existe hoy un solo filósofo que pueda gloriarse como Pitágoras de tener discípulos? ¿No se experimenta hoy mas que nunca la verdad de este antiguo adagio: *Tot capita, tot sensus*? Entre los innumerables representantes del racionalismo ¿hay alguno cuya inteligencia no brille en un soberbio aislamiento? Y cuando uno quiere figurarse en espíritu el conjunto de estas distintas y contradictorias luces sin foco ni direccion comun, ¿no las compara naturalmente á aquellas frívolas iluminaciones que presentan los resplandores amortiguados de mil gusanos luminosos que se agitan, se cruzan, se contrarian, sin alcanzar en suma producir otra cosa que una débil claridad, que sin disipar las tinieblas aumenta las ilusiones de la noche?

«Señores, yo no quisiera ser injusto; existen filósofos que sin aceptar nuestros dogmas fundan sus doctrinas en las puras fuentes del espiritualismo cristiano, y se encuentran tan cerca de las fronteras de la Iglesia, que sería ingratitud tratarles agriamente, é imprudencia confundirles con los sofistas ordinarios.

«¿Mas estos nobles genios se encuentran mas en el caso que los espíritus mucho menos respetables que ellos de volver á nuestrosiglo el respeto al órden moral y á la práctica de los deberes que este órden impone?»

Escuchad todavía sobre este particular la autorizada palabra de M. Guizot: «Los mejores filósofos, dice, dejan subsistir en el mundo y en el alma humana la estatua de Dios, permitásenos la expresion, mas solo la estatua, una imágen, un mármol. Pero al Dios vivo lo suprimen: los cristianos son los únicos que lo poseen.»

Y sin embargo, la verdadera idea del Dios verdadero; el verdadero sentimiento de la justicia verdadera, y la verdadera, fórmula del sistema social verdadero, no pueden pasar desapercibidos al hombre. La unidad debe elevarse sobre la multiplicidad. Dios no ha enviado jamás al mundo el castigo de quitarle un depósito, una custodia, donde se salvara la unidad de doctrina, la santidad de moral, la universalidad social; siempre ha existido Iglesia una, santa, católica. En el diluvio la unidad, la santidad y la universalidad se salvaron en el arca; despues del diluvio y antes de JESUCRISTO se salvaron en el pueblo de Dios; despues de JESUCRISTO en la autoridad pontificia.

La mision del pontificado es, pues, conservar la unidad de principios, la santidad de legislacion y la universalidad del bien, á través de las olas del diluvio doctrinal, de las prostituciones del paganismo sentimental, y de las fracciones y cismas de la sociedad universal.

El pontificado ha cumplido siempre esta mision sagrada, sin que á los que con él han sido investidos les importara tener que desempeñarla bajando á las catacumbas, subiéndose al patibulo, estrechando la mano de los césares ó derribando con sus anatemas las coronas.

En el siglo IV san Agustin escribió entre otros un libro, que intituló: *De moribus Ecclesie catholicæ*: en él encontramos una descripcion compendiosa, sencilla y completa de la influencia de la santa Iglesia en la sociedad. Desde el siglo IV la Iglesia no se ha desviado una sola pulgada del camino en que el Águila de Hipona la veia y la admiraba. Al observar á la Iglesia siguiendo impávida su marcha á través de las herejías, de los cismas, de las utopias é ingratitudes, encuéntrase un no sé qué de consolador repitiendo las siguientes palabras de aquel libro:

«Tú adoctrinas y ejercitas puerilmente á los niños, enérgicamente á los jóvenes, suavemente á los ancianos, á todos, atendiendo no solo al desarrollo de sus cuerpos sino á la situacion de sus almas. Tú sujetas casta y fielmente las mujeres á los varones, no con el fin de

que satisfagan sed liviana, sino con el de que propaguen la especie y ordenen la sociedad doméstica; tú constituyes á los varones cabeza y a autoridad de las mujeres, no para que se atropelle al débil sexo, sino para que se le haga participante de las leyes del mas integro amor; tú unes los hijos á los padres, con una especie de esclavitud voluntaria; tú antepones los padres á los hijos, para que ejerzan sobre ellos un piadoso dominio; tú ligas los hermanos á los hermanos con el lazo de la Religion, mas firme y mas íntimo que el de la sangre; tú estrechas con el vínculo de la caridad mútua todo género de parentesco y de afinidad, respetando las sagradas relaciones de la naturaleza; tú enseñas que los criados deben sujetarse á sus señores mas bien por la complacencia del ministerio que por las necesidades de la condicion; tú adviertes á los señores que deben estar mas inclinados á instruir que á castigar á sus siervos, aplacándoles la consideracion que comun señor de todos es Dios; tú unes los ciudadanos á los ciudadanos, y las naciones, no solo en sociedad sino en una especie de fraternidad recordándoles su comun origen; enseñas á los reyes que miren propicios á los pueblos, adviertes á los pueblos que se sujeten á los gobiernos; tú enseñas asidua á quiénes se debe honor, á quiénes afecto, á quiénes reverencia, á quiénes temor, á quiénes consuelo, á quiénes advertencia, á quiénes reprehension, á quiénes disciplina, á quiénes castigo, manifestando de qué manera no á todos se debe todo, y á todos se debe caridad, y á nadie injuria.»

III.

La encíclica del día 8 de diciembre considerada en sus relaciones con la mision del pontificado y el actual estado de la sociedad.

La breve consideracion de lo que tenemos expuesto hasta aquí deja comprender la grave responsabilidad que contrae ante Dios y ante los pueblos el hombre que el Espiritu Santo elige por piloto de la nave *Iglesia*; sagrada verdad es que *los labios del sacerdote guardan la ciencia*, mas no lo es menos que *la ciencia de los sacerdotes está definida por los labios del Papa*. La doctrina de los sacerdotes es la única salvadora de los pueblos; la doctrina del pontificado es la